

## **PALABRAS DE DESPEDIDA**

**José Reyes de la Rosa**

**Profesor Jubilado**

**Facultad Ciencias de la Educación**

**Universidad de Córdoba**

**Marzo/2017**

### **Educación y posmodernidad**

Hace ya unos meses que dejé, de manera oficial, la docencia para pasar a formar parte de lo que la administración denomina “clases pasivas” y el lenguaje más familiar y afectivo “jubilación”. Ha pasado casi medio siglo desde la primera vez que pisé un aula de un centro escolar y desde entonces no he dejado de ejercer como docente en todos los niveles educativos, en la enseñanza pública y en la privada, en España y en el extranjero.

Llegado el tránsito obligado –algunos dirán merecido o jubilariorio– la sensación que tengo es más bien agridulce. Este trance, por más que queramos ser positivos, quitarle trascendencia y huir de la retórica y de la emotividad, no deja de ser un momento crucial en nuestras vidas que se presta al balance y a la reflexión. Una reflexión que apela a la memoria y a la historia para dejar constancia y testimonio de un trayecto vocacional como docente y de mi agradecimiento sincero a todos – instituciones, centros, familia, compañeros, compañeras, amigos –los que lo han hecho posible, muy especialmente a esta Facultad de Ciencias de la Educación, de alguna manera principio y fin de mi periplo vital en la enseñanza.

Desde el momento que entré como docente en la Universidad de Córdoba, adscrito a la Facultad de Filosofía y Letras, quise ser profesor en este centro, primero Escuela de Formación del Profesorado y ahora Facultad de Ciencias de la Educación. Mis compañeras del Área de Filología Francesa pueden dar testimonio de ello. Lo conseguí, a principios de los noventa del siglo pasado, gracias, sobre todo, a compañeras y compañeros como Carmen Castro, Amalia Marín y Rafael García de Mesa, que me abrieron, de alguna manera, la puerta, y me acogieron con impagable afecto y amistad, haciéndome sentir al abrigo de todas las inclemencias, en un ambiente de trabajo inmejorable durante todos estos años que hemos pasado juntos. La llegada, ya en este siglo, de Anabel Brazo, fue para mí un plus de bienestar y amistad en el remanso de nuestra pequeña área de filología francesa que ha tenido siempre en esta Facultad de Ciencias de la Educación su espacio de predilección docente y de proyectos pedagógicos más gratificantes. A ellas y, en el recuerdo, a Rafael García de Mesa mi profundo agradecimiento. En la lengua que nos une en nuestra tarea docente, les digo: “mes amis, je vous tiendrais toujours au cœur”.

Pero vaya también mi agradecimiento y mi afecto más sincero a todos los compañeros de los distintos departamentos, a los miembros del PAS y a los equipos de gobierno que se han sucedido en estos años y han hecho que me sienta siempre en mi casa, dándome muestras, en todo momento, de una amistad y cordialidad ilimitada. En esta Facultad de Ciencias de la Educación no sólo he encontrado las mejores condiciones y el marco más apropiado para impartir la docencia, sino que he tenido los mejores apoyos y la máxima colaboración para desarrollar actividades y promover reuniones internacionales como, en 2001, los *Encuentros Interdisciplinares sobre la presencia de Francia en la Guerra Civil española*, las *Jornadas Hispano-francesas de Creatividad y literatura potencial*, en 2003, o el *Congreso Internacional: ¿A dónde va la escuela en Europa?*, en 2011.

De todas estas actividades me queda el entrañable recuerdo de compañeros y amigos que codirigieron, coordinaron conmigo e hicieron posible su realización: Antonio Barragán en los encuentros franco-franceses, Luis Sánchez Corral en las jornadas de literatura potencial y Blas Segovia en el último congreso sobre la escuela en Europa, en el que colaboraron también, de manera decisiva, Amalia Marín, Carmen Castro, Anabel Brazo, Hugo González, José Luis Álvarez, Ana Belén López, Juan Luis Luengo y Carmen Gil.

De este último congreso sobre la escuela en Europa surgieron un proyecto europeo, en el marco de Erasmus Plus, un proyecto de innovación educativa y unas jornadas anuales sobre las relaciones entre literatura, cine y educación. Proyectos, todos ellos, sumamente gratificantes, que enriquecieron nuestros convenios europeos y ampliaron el horizonte de nuestras relaciones profesionales y de amistad con universidades como las de Paris 3 Sorbonne Nouvelle, Tours, Orleáns, Clermont-Ferrand, Birmingham, Oldenburg, o Toulouse. En estos momentos, las Jornadas de cine y educación, dirigidas por Blas Segovia, van ya por su tercera edición y con buenas expectativas de futuro, al igual que el proyecto internacional *Imágenes y representaciones del mundo de la educación en la literatura y el cine*. Desde mi nueva situación animo y hago votos para que eso sea así y espero seguir haciendo aportaciones y colaborando en el desarrollo de estos proyectos en marcha.

Decía al principio que siempre quise ser docente en esta Facultad y voy a dar mis razones. En realidad voy a dar solo una, la más importante para mí: más allá de las circunstancias vitales que hicieron de mí un profesor de lengua y cultura francesa, algo que he vivido con pasión y devoción, siempre me consideré un maestro de enseñanza primaria. El maestro que estudió en la antigua Escuela Normal de la plazuela de San Felipe (creo que soy aquí el único superviviente) y que vivió los comienzos de la Escuela Normal del Sector Sur. Ser maestro ha sido y es mi única vocación. Por eso, después de pasar por las aulas de escuelas rurales, de barrio, de la emigración, de adultos, del instituto, terminar enseñando aquí, ha colmado todas mis expectativas vitales y profesionales, pero sin olvidar la escuela. El placer y la satisfacción no han podido ser mayores. Y no por llegar a la Universidad, por el prurito de ser Doctor, por la vanidad de los máximos galardones académicos, lo digo con sinceridad, después de hacer un meditado balance. La universidad para mí, en el plano puramente pedagógico, ha supuesto pasar de la pedagogía directa en la escuela, a la meta-pedagogía formativa, a la formación de formadores, de futuros docentes en la enseñanza superior. Y esto sí ha supuesto un reto y una experiencia

fascinante. Algo que sólo he podido vivir, en la medida de mis posibilidades, en esta Facultad de Ciencias de la Educación.

He dicho experiencia fascinante, como fascinante ha sido también el tiempo histórico que me ha tocado vivir en el terreno de la educación. Como a todos los enseñantes de mi generación, me tocó vivir el gran cambio o punto de inflexión que vivió la sociedad occidental en los años ochenta, marcados por el advenimiento de ese tiempo que el sociólogo francés Jean-François Lyotard llamó la posmodernidad, cuya repercusión en el mundo de la educación, como en el de la ideología, el arte y la cultura, ha sido y sigue siendo determinante.

Yo viví la euforia de la utopía pedagógica que supuso en España, en los años sesenta y setenta, la *Escuela Moderna* de Célestin Freinet. Me insufflé de la "Pedagogía del oprimido" y de "la liberación" de Paulo Freire. Me inspiré en el maestro de Barbiana. Me impregné del ambiente de renovación pedagógica inspirado en la escuela de Rosa Sensat y de jornadas pedagógicas tan emblemáticas como las de Mairena de Aljarafe. Y como todos los enseñantes de la época leí con fruición los *Cuadernos de Pedagogía*. Eran los grandes momentos de la modernidad, regidos, según Lyotard, por los "grandes relatos de legitimación", o lo que es lo mismo, los meta-discursos que intentaban dar un sentido a la marcha de la Historia y que se derrumbaron en los ochenta, como se derrumbaron también muchos discursos pedagógicos que nos habían ilusionado. El famoso libro de Lyotard, *La condición posmoderna*, fruto de un "informe sobre el conocimiento" redactado por el pensador a petición del Consejo de Universidades de Quebec, analizaba, en 1978, las consecuencias del imparable desarrollo de las "tecnologías inteligentes" en la organización de las sociedades de capitalismo avanzado, y apuntaba la tesis de la hegemonía de la racionalidad cibernética y de la pragmática del saber científico cuya consecuencia era, para este pensador, el final de la época moderna.

Pero la posmodernidad habría de suponer, en sus aspectos más negativos, un vacío ideológico que sería el causante, entre otros, del individualismo hedonista y su corolario de consumo compulsivo, de necesidad de goce inmediato, de triunfo de lo efímero y lo provisional, así como de lo virtual sobre lo real. El controvertido pensador Alain Finkielkraut escribió al respecto, en 1987, un libro de título bastante impactante, *La derrota del pensamiento*. Un capítulo de ese libro se llamaba, muy significativamente, *Un par de botas cuesta lo mismo que Shakespeare*, y ponía especialmente el dedo en la llaga postmoderna. Una llaga que no era otra que el proceso de mercantilización y de escenificación de ese proceso, que estaba sufriendo la cultura en aquellos años. La cultura en su sentido más amplio convertida en mercancía, un hecho que tenía que ver, según el filósofo, no sólo con la literatura o las artes en general, sino también, lo que parecía más significativo, con el conocimiento y la educación.

Hoy, en un mundo cada vez más globalizado la ortodoxia política que lo rige se fundamenta en la innovación, la competitividad, la productividad y el mercado. La educación, lo estamos viendo, no escapa a estos imperativos y las consecuencias no siempre son tan beneficiosas como cabría esperar. Lo estamos constatando en la escuela pública donde la aplicación de rígidos criterios de productividad, amparados en la crisis económica, está en el origen de la pérdida de muchos de sus valores y

hacen peligrar su identidad. En este complejo contexto, en el que Europa parece no encontrar el rumbo de la educación, celebráramos hace unos años en este centro el congreso *¿A dónde va la escuela en Europa?* y nos preguntábamos: ¿qué queda de la escuela como principio de igualdad, de ciudadanía y de valores democráticos en una Europa comunitaria? Uno de los ponentes, el profesor Richard Hatcher nos decía, para ilustrar la gravedad de la situación, que un empresario charcutero acababa de comprar un colegio en Inglaterra. Por aquellas mismas fechas en Francia, la revista *Marianne* lanzaba en portada esta pregunta: ¿Francia, qué has hecho de tu escuela? Y dedicaba más de cuarenta páginas a debatir sobre la crisis de una escuela "víctima de su época", decía en la presentación del monográfico, y se preguntaba: ¿Cómo creer en una escuela que ya no tiene convicciones?

Los maestros que vivimos el advenimiento de la posmodernidad fuimos protagonistas de ese gran cambio que iba a sustituir, entre otras muchas cosas, la pizarra y la tiza, el cuaderno de rotación y el periódico escolar por la pantalla del ordenador, por el cañón y el vídeo, por el Power Point y por la Wikipedia. Los maestros de mi generación habíamos vivido, con cierto placer, el final de la famosa enciclopedia Álvarez, de sus tres míticos tomos Elemental, Fundamentos y Perfeccionamiento, sustituidos, con la llegada de la EGB, por atractivos libros de texto y cuadernos de prácticas y ejercicios que recibimos encantados, pero que nos mostraron enseguida la cara amarga de ese mercantilismo en el que estábamos ya inmersos. Las editoriales se pusieron las botas y las desigualdades se hicieron patentes en la escuela pública más humilde. Luego, ya lo sabemos, entramos definitivamente en la era Internet. Los años eran otros: como predijo Lyotard la cibernética mandaba. Toda esa gran revolución tecnológica, apasionante y ciertamente llena de virtudes, que a los de mi edad nos pilló, la verdad, un poco oxidados, no nos puede hacer olvidar los graves problemas que acucian a la escuela, a la educación en estos tiempos posmodernos y que las TICS, perdona amigo Blas, como los medicamentos, tienen también sus contradicciones y nos obligan a estar vigilantes.

Pero la aceleración de la Historia sigue marcando sus etapas. La postmodernidad habría dejado paso en las postrimerías del siglo XX a la hipermodernidad, según nos cuenta el filósofo Gilles Lipovestky en su libro de 2004, *Los tiempos hipermodernos*. Una época en la que, al parecer, nos encontramos ahora y que el propio Lipovestky define en su libro como "este período contemporáneo en el que cada aspecto de la existencia presenta su lado de exceso y una dualidad donde más que nunca la frivolidad enmascara una profunda ansiedad".

Vivimos, pues, en una nueva era, postmoderna o hipermoderna, muy diferente de la de nuestros comienzos ilusionantes como maestros y pedagogos, inmersos ya definitivamente en el nuevo orden mundial del neoliberalismo y del neocapitalismo triunfantes, y de la globalización que es su consecuencia más inmediata. El paisaje que domina nuestra existencia es el que definió el etnólogo Marc Augé en 1992 como un "no lugar", porque ya no nos queda dónde ir, salvo obedecer a esas leyes generalizadas del intercambio de bienes de consumo etiquetados por instancias superiores, supranacionales, que escapan a todo control y casi siempre a la comprensión del propio ciudadano. Vivimos, pues, según Augé, en la utopía, que se ha hecho realidad, pero en su peor sentido. La abstracción domina nuestras vidas y el simulacro, como apuntó certeramente Jean Baudrillard en su libro *De la seducción*,

rige todo el funcionamiento de lo social, hasta el punto de convertirnos en esa "sociedad del espectáculo" que da nombre al libro de Guy Desbors de 1996. Y en este estado de cosas quizás lo más relevante sea la perfecta asimilación del mundo de la cultura al mundo del consumo, hasta el extremo de que el propio consumo se haya convertido en cultura.

Globalización, simulacro, espectáculo, realidad virtual, individualismo, consumismo, hedonismo, son algunos de los conceptos básicos que rigen nuestra sociedad y que modulan las conciencias y los espíritus de muchos de nuestros escolares. Luchar contra ello, es ocioso decirlo, sólo se puede hacer con valores que todos sabemos cuáles son y dónde están: igualdad, respeto, ciudadanía, solidaridad, democracia, inclusión, integración, interculturalidad... Valores de difícil transmisión en la escuela de nuestra sociedad posmoderna, sólo factibles a través de buenas prácticas educativas y de proyectos ilusionantes a los que las altas instancias exigen, como buenos regidores hipermodernos: altos niveles de competitividad, de rentabilidad, de impacto y de excelencia. Palabras, todas ellas, altisonantes, abstractas, espectaculares tan lejos a veces de las aulas de nuestros colegios de barrios deprimidos.

En una de las primeras escenas de la mítica película francesa de 1949, *L'école buissonnière*, que narra precisamente la experiencia pedagógica de Célestin Freinet, el nuevo maestro, imagen del pedagogo renovador, pregunta a los vecinos del pueblo que han ido a buscarlo a la estación en un carromato: "¿Qué tal el antiguo maestro?" Y uno de ellos contesta: "Era muy bueno, un sabio, nos ponía problemas que nadie era capaz de resolver". Me pregunto muchas veces si no es esa la pedagogía de excelencia que se quiere valorar en las altas instancias educativas de nuestra Europa posmoderna.

En esta Facultad de Ciencias de la Educación en la que termino mi andadura de enseñante he conocido a mucha gente que lucha a diario porque lo virtual no contradiga lo real, porque pedagogía y didáctica hagan de la necesidad virtud y porque el pensamiento global sólo sirva para impulsar las buenas prácticas de la acción local. Compañeros y compañeras inmersos en la tarea de paliar los efectos nocivos del mercantilismo de las conciencias y de las tecnologías sin alma. Compañeros y compañeras que hacen que me vaya pensando que no todo está perdido.